

La historia recordada

Nos disponemos a presentarles un nuevo número de la *Revista Historia Autónoma*, concretamente el octavo de nuestra trayectoria. Como los siete anteriores, ofrecemos al lector una selección plural y representativa de aproximaciones a la historia desde diferentes ópticas. Los ocho artículos que forman parte de él recorren regiones geográficas muy diversas y ponen su atención en épocas variadas. Hay apuestas valientes que se atreven a tender puentes entre distintos periodos abordando el factor legitimador de la Historia Antigua en Israel. Igualmente valientes son dos estudios que apuestan por analizar el pasado haciendo uso de fuentes tan novedosas como los excrementos o los desastres naturales. Cabe destacar, asimismo, el análisis de los pasados traumáticos a través de canales tan variopintos como el arte, las fuentes orales o los expedientes judiciales. Completan la nómina una relectura de las piezas de bronce halladas en el yacimiento vacceo de Coca y una sugerente aproximación al arte contemporáneo en Nepal. Todos ellos suponen acercamientos novedosos al pasado que se sirven, en la mayoría de los casos, de otras áreas de conocimiento como el arte, la literatura y la filosofía, demostrando que la interdisciplinaridad complejiza la labor del historiador pero, al mismo tiempo, enriquece las conclusiones que obtiene. Los mencionados artículos están acompañados por cuatro reseñas que exponen sintéticamente otras tantas novedades bibliográficas y tratan cuestiones que conectan la actualidad con el estudio del pasado. El número se completa con tres crónicas de congresos, con las que buscamos dar a conocer los temas tratados en ellos a aquellas personas que no pudieron participar, y una entrevista a Emilio Lamo de Espinosa, director del Real Instituto Elcano, que nos permitió .

Todos estos contenidos, en suma, intentan dar respuesta a los presupuestos de partida de esta publicación: reivindicar la necesidad de investigar nuestro pasado, analizar los usos públicos del mismo y apostar por el trabajo interdisciplinar. Consideramos que estas premisas aparecen recogidas en las páginas que siguen, y solamente esperamos que el lector encuentre en ellas estimulantes reflexiones e interesantes aportaciones al conocimiento histórico.

Este número es el primero en el que nuestro Comité de Redacción no cuenta con la presencia de Ainhoa Gilarranz ni de Cristina León. Ambas han sido fundamentales en el devenir de esta revista y son causa de los éxitos que hemos logrado hasta la fecha y, por extensión, serán parte de los que consigamos en el futuro. Queremos que estas líneas sirvan de reconocimiento expreso de su colaboración durante el tiempo que hemos tenido la fortuna de trabajar juntos. Como muestra de gratitud, a ellas les dedicamos el presente número.

Como hemos manifestado en varias ocasiones, desde la *Revista Historia Autónoma* tenemos una honda preocupación por el papel social de la investigación sobre el pasado y su utilización en el espacio público. Esta voluntad puede rastrearse en los distintos editoriales que hemos elaborado, así como en el contenido de los números publicados hasta la fecha. Consideramos que nos encontramos ante un asunto de enorme importancia, posiblemente el que mejor refleje el estrecho vínculo que existe entre los historiadores y la sociedad de la que forman parte, en la que viven y con la que se relacionan. No creemos en aquellas visiones que catalogan al historiador como un anticuario, un coleccionista enciclopédico de sucesos pasados, un erudito que vive rodeado de documentos y libros pero alejado de otros individuos. Por el contrario, apostamos por un historiador activo que trabaje en, por y para la sociedad.

El año que acabamos de estrenar, 2016, supondrá la celebración de un conjunto diverso de efemérides. Se van a cumplir 400 años de las muertes de Miguel de Cervantes y de William Shakespeare, 80 años del comienzo de la Guerra Civil Española o 50 del accidente nuclear en Palomares (Almería) y de la publicación del primer volumen del *Diccionario de uso del español* de María Moliner. También se van a conmemorar el primer centenario del fallecimiento de Rubén Darío, los 250 años del motín contra Esquilache o el quinto centenario de la desaparición de Fernando I de Aragón. La lista podría aumentarse con la adición de otros acontecimientos de renombre, pero estos ejemplos bastan para certificar que, a lo largo del presente año, las conmemoraciones se van a suceder.

Las efemérides, aparentemente, son un simple acto de recuerdo que sirve de complemento a la información cotidiana pero, en realidad, van mucho más allá. Suponen, en primer lugar, un reconocimiento hacia una persona o un hecho histórico de gran trascendencia que, de algún modo, ha configurado el mundo en el que vivimos. Además, se convierten en lecciones cívicas de las que poder extraer enseñanzas para el conjunto de la sociedad, tomando ejemplo de las mismas. De esta forma, se entrelazan la relevancia de un acontecimiento del pasado, su influencia en la realidad actual y su proyección hacia el futuro. Es ahí, en la combinación de todos estos planos, donde se ponen de relieve la importancia de las acciones individuales o colectivas que se conmemoran.

El valor de las efemérides no es una cuestión anecdótica. Como acabamos de resaltar, tiene unas implicaciones que trascienden al propio acto de recuerdo. Las conmemoraciones, independientemente de a qué escala se realicen (vecinal, local, regional, estatal), pasan a engrosar la memoria colectiva. Se convierten en símbolos que la sociedad se propone recordar porque, cada una a su propia manera, han dejado su impronta en ella. Al mismo tiempo, actúan como elementos generadores de identidad puesto que remiten a la herencia de la comunidad.

Las conmemoraciones se encuadran en lo que el historiador francés Pierre Nora denominó como los “lugares de la memoria”. Con este concepto aludía a todos aquellos elementos inmateriales y simbólicos de una sociedad que les identificaban como

colectivo, puesto que habían configurado su evolución histórica y no dejaban indiferente a ninguno de sus miembros. Para ello se sirvió del ejemplo de su país natal, estudiando todos aquellos rasgos que constituían la memoria de la nación francesa. Entre ellos cabe destacar los personajes relevantes, los acontecimientos históricos exaltados en el presente, los monumentos, el callejero o la divisa republicana. Todo ello daba la posibilidad de observar los restos del pasado en la realidad actual.

Recientemente ha surgido la polémica en torno a los actos previstos para celebrar uno de los acontecimientos que señalamos anteriormente, el cuarto centenario del fallecimiento de Miguel de Cervantes. El autor de *El Quijote* parece vivir próximo a la polémica tanto tiempo después de haber muerto pues, como se recordará, hace un año la búsqueda de sus restos despertó el interés y avivó el debate (el lector también recordará que abordamos este asunto en el editorial de nuestro sexto número). Ahora es la efeméride de su defunción la que provoca una disputa, con las quejas de intelectuales y figuras del mundo de la cultura sobre la desidia gubernamental y la lentitud en organizar actos de conmemoración. La propia Real Academia de la Lengua Española ha solicitado un gran homenaje de Estado del que, por el momento, nada se sabe. Esta inacción ha provocado que hayan proliferado las iniciativas individuales, a cargo de diversos organismos e instituciones, como la promovida por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares, lugar de nacimiento del escritor.

El caso de Cervantes sirve como ejemplo de lo que debería ser, pero no siempre es, una conmemoración. Cualquier acto de recuerdo debe constituir una empresa ciudadana que involucre a toda la colectividad. Las autoridades, políticas o culturales, son los encargados de la organización de actos de homenaje y recuerdo, pero sería aconsejable una mayor presencia de la sociedad. Los individuos adoptarían así una postura activa y no permanecerían como meros espectadores. Este papel les permitiría relacionarse con la conmemoración en sí y con el hecho o personaje recordado, cumpliendo los dos objetivos que enunciamos en párrafos anteriores: resaltar su influencia en la realidad presente y extraer lecciones de sus protagonistas.

Ahora bien, ¿qué pintamos los historiadores en todo este asunto? ¿Qué papel nos corresponde representar? En nosotros se combinan dos facetas que, cada una a su manera, nos proporcionan una relevancia y nos dan voz en estos debates.

En primer lugar, el historiador es investigador. Como tal, debe participar en los actos logrando que en ellos se refleje el conocimiento que los especialistas han obtenido acerca del acontecimiento o la persona a la que se dedican. Aporta el respaldo del experto que precisa un evento de esta clase, de manera que se transmita una realidad fiel a los resultados de la investigación y no distorsionada por los intereses variopintos que, en ocasiones, intervienen en este fenómeno.

El historiador es, también, ciudadano. Forma parte de un entramado social al cual no debe permanecer ajeno. La imagen del investigador del pasado ensimismado en su labor,

sin involucrarse lo más mínimo con los demás individuos, resulta altamente perjudicial no solo para la profesión sino para el conjunto de la colectividad. En ese sentido, debe reconocer esta condición para

Como consecuencia, la intervención del historiador en este tipo de actos, cumpliendo cualquiera de sus facetas, no solo es necesaria sino imprescindible. Sin la aportación del conocimiento experto que debe hacer ni sin su concurso como miembro de la sociedad se logrará que la celebración de una efeméride tenga sentido pleno. La memoria colectiva no puede construirse al margen del investigador del pasado.

Marcos Marina Carranza y Juan Carlos Merino Morales.
Directores de la *Revista Historia Autónoma*.